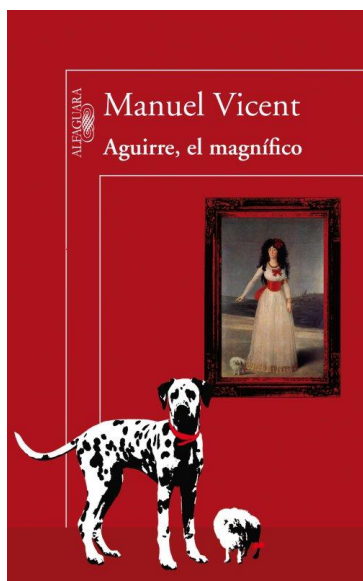


Manuel Vicent, *Aguirre, el magnífico*, Alfaguara, Madrid, 2011.



Este es hasta ahora el último libro de Vicent, donde el autor valenciano vuelve a hacer gala de ese estilo suyo tan elaborado, tan exacto en el uso de la palabra, tan visual y plástico. Una sucesión de estampas con el hilo conductor de **Jesús Aguirre y Ortiz de Zárate** (1934-2001), ex clérigo, ex director de Taurus, ex director general de Música en el primer gobierno de la UCD y decimotercero duque de Alba desde 1978 hasta su fallecimiento. Bajo la apariencia de una biografía, Vicent nos da otra cosa distinta, como él mismo dice "un retablo ibérico", el retrato de "una corte de los milagros", la generación que hizo la transición a la democracia, "medio siglo de la historia de España".

Vicent, nacido en 1936, es casi coetáneo del duque Aguirre y, en cierta forma, se entrega a un memorialismo autobiográfico, al elogio de "lo grandes que fuimos", "lo bien que lo hicimos los de entonces". Se identifica en cierta manera con su biografiado, hombre exquisito, de gran cultura, mordaz, elegante y vividor, hasta el punto de que, a través del personaje, habla el autor. Es Vicent quien sueña que vive en palacios, rodeado de tizianos, quien via a Venecia o al Milanesado, quien deparde con príncipes, cardenales y vizcondesas, quien goza de la vida con su moral hedonista de "bon vivant" refinadísimo... El autor insiste en su visión poliédrica, valleinclanesca, deformante de la realidad hispánica, pero no hay esa en esta novela ni asomo de la cosmovisión corrosiva de Valle, si acaso hay chascarrillos, anécdotas jugosas, inteligencia. Se trata más bien de un autopanegírico con cadáver interpuesto.

Eso sí, el estilo de Vicent es magnífico, su dominio expresivo inapelable. Es un mago de la anécdota, de la ironía, de la plasticidad. La lectura de sus libros es siempre amable. Engancha. Pero ese estilo que funciona de manera deslumbrante en sus columnas periodísticas no sirve tan bien a los propósitos de una obra más larga, como la novela. Por eso los libros de Vicent siempre tienen ese aire de crónica personal, multiforme y algo descoyuntada. Una sucesión de magníficas estampas que forman algo así como una y mil historias, pero que no llegan a encajarse plenamente en una trama. ¿Cómo podríamos llamar a esa manera vicentiana de hacer novela? ¿Impresionismo, puntillismo? Que sea un experto galerista de arte como el propio Vicent quien lo decida.

Obviamente, la "biografía" que el autor nos ofrece de Aguirre es parcial. Destaca la inteligencia del personaje, su magnífica progresión en la vida social, su cultura, su oratoria, su ironía... Pero esquina otros aspectos más turbios del personaje: su alejamiento de los amigos y de la ideología social de los primeros tiempos, su locura final debido... ¿a qué, quizá a un sentido de fracaso existencial? ¿Pero no era el duque la vive imagen del éxito?

Por otro lado, es curioso que Vicent insista tanto en el mérito de haber nacido hijo de soltera y haberse convertido en duque, según él solo a fuerza de talento. Si de verdad deseara un escritor hablar de la España esperpéntica en la que vivimos, ¿no le ofrece la misma casa de Alba de la que habla Vicent bastante material? No hay más que fijarse en qué se han convertido hoy los blasones nobiliarios, qué papel ocupa en la sociedad actual la benemérita familia, la progenitora y todos sus vástagos, o quién puede ser el posible próximo duque.



Vicent nos pinta un Aguirre que recuerda al Julián Sorel de *El rojo y el negro*, la inmortal novela de Stendhal. Un genio del arribismo, escurridizo, brillante, mordaz, que llega a todo partiendo de abajo. Lo que ocurre es que este Aguirre, vividor, hedonista, partidario de una moral sin culpa, se parece tanto a su autor que acaba confundándose con él mismo. La biografía se convierte en novela, y esta en autobiografía.

Vicent el magnífico ha escrito *Aguirre, el magnífico*, un título que evoca al loco Aguirre, "la cólera de Dios", el violento conquistador de las Américas, y que también acerca al personaje a Lorenzo el Magnífico, mecenas renacentista. Un retrato deslumbrante de la generación de la transición, la que se inventó a sí misma a fuerza de inteligencia y después se quemó en los altares del éxito. Un libro ameno en el que un perro dálmata se pasea entre ensayos de la Escuela de Fráncfort. Un libro que, en cierta forma, es una hagiografía o un testamento. Y que adopta esa forma del memorialismo en la que Vicent se maneja tan convincentemente (estoy pensando, por ejemplo en *León de ojos verdes*, donde habla de su infancia valenciana). Y por cierto, con cierto aire de crónica madrileñista a lo Francisco Umbral.

Aguirre, el magnífico, una obra elíptica, llena de sarcasmo y humor, retablo de una época también magnífica que hoy ya es óxido del tiempo. Por sus páginas pasan Laín, Ridruejo, Cela, la galerista Juana Mordó, García Hortelano, Benet, el fotógrafo húngaro Nicolás Müller, también una formidable Vicki Lobo, personaje inventado que encarna a la perfección la evolución de la mujer española desde el tardofranquismo a la actualidad.

El decimoctavo duque de Alba, muerto en 2001, fue enterrado en el panteón familiar situado en el convento de las madres dominicas en Loeches, a veintipocos kilómetros de Madrid. "Allí consiguió escalar finalmente el héroe un gran sarcófago de mármol por cuya conquista luchó toda su vida". Con estas palabras cierra Vicent su novela. Y con estas otras que ahora transcribimos la abre:

1985

De cómo fui nombrado biógrafo del duque
ante el rey de España con un chorizo
de Cantimpalos en la mano

El 23 de abril de 1985, en la Universidad de Alcalá, el novelista Torrente Ballester acababa de pronunciar en el paraninfo el discurso de aceptación del Premio Cervantes, y después de la ceremonia, con la imposición de la inevitable medalla, se celebraba un vino español en el severo claustro renacentista alegrado con algunas flores y setos trasquilados. Bandejas de canapés y chorizos de Cantimpalos, cuya grasa brillaba de forma obscena bajo un sol de primavera, pasaban a ras del pecho de un centenar de invitados, gente de la cultura, escritores, políticos, editores, poetas. Uno de ellos era Jesús Aguirre, duque de Alba. Lo descubrí en medio del sarao, transfigurado, redivivo, como recién descendido del monte Tabor. Me acerqué y le dije bromeando: «Jesús, ¿puedo tocarte para comprobar si eres mortal?». El duque me contestó: «Querido, a ti te dejo que me toques incluso las tetillas». Vista la proposición, expresada con una dosis exacta de ironía y malicia, le confesé que me proponía saludar al Rey, pero que en este caso prefería la compañía de un Alba a la de un Borbón. «¿No conoces a Su Majestad?» El duque tiró de mí para conducirme ante la presencia del monarca. Saludar al Rey después del frustrado golpe de Tejero del 23-F era un acto que estaba ya bien visto, incluso era buscado por los ácratas más crudos. El anarquista celeste Gil-Albert, poeta de la generación del 27, regresado del exilio de México, me dijo



un día: «He rechazado muchas invitaciones a palacio, pero ahora no me importaría ir a Madrid a darle la mano a ese chico».

Don Juan Carlos vestía chaqué, empuñaba una vara de mando, se adornaba con el toisón de oro, un collarón con catorce chapas doradas, instituido en 1430 por Felipe III de Borgoña en honor de sus catorce amantes, que al parecer tenían todas el sexo rubio, como el vellocino de oro. Nuestro Rey lucía esa orden y ahora estaba rodeado de tunos cuarentones que se daban con la pandereta en la cabeza, en el codo, en las nalgas, en los talones y le cantaban asómate al balcón carita de azucena y no sé qué más, como si fuera una señorita casadera. Jesús Aguirre se abrió paso en el enjambre de guitarras y plantado ante el Rey dijo muy entonado: «Majestad, le presento a mi futuro biógrafo». Y a continuación pronunció mi nombre y apellido, mascando con fruición las sílabas de cada palabra. El Rey echó el tronco atrás con una carcajada muy espontánea y exclamó: «Coño, Jesús, pues como lo cuente todo, vas aviado». Esta salida tan franca no logró que el duque agitara una sola pestaña, sino una sonrisa cínica, marca de la casa. En ese momento, entre el rey de España, el duque de Alba y este simple paisano apareció a media altura una bandeja de aluminio llena de chorizos de regular tamaño, cada uno traspasado por un mondadientes, como se ven en la barra de los bares de carretera a merced de los camioneros. Una señora vestida en traje regional, de alcarreña o algo así, ofreció el presente con estas palabras: «¿Un choricito, Majestad?».

A continuación, transcribimos un par de fragmentos interesantes del libro:

JUANA MORDÓ Y LA GENERACIÓN DEL 36 (LAÍN, RIDRUEJO, TORRENTE...)

"Era un tiempo gris plomo en que Laín Entralgo daba conferencias en el Ateneo madrileño sobre Menéndez Pelayo o en torno a la idea de la Hispanidad. A una de estas lecciones asistió una chica judía que acababa de llegar a España en un Hispano-Suiza a cobrar una herencia de su marido, un sefardí de origen español, recién fallecido. Se llamaba Juana Mordó. Un día leyó en el periódico el anuncio de la conferencia de Laín y por puro aburrimiento entró en la sala y al instante quedó prendada al ver a aquel hombre guapo, moreno, de pelo planchado, en lo alto de la tarima orlado por banderas hablando del Imperio español con palabras altisonantes. Dos donceles falangistas con camisa azul y corrajes en posición de firmes le guardaban la espalda, cada uno con un estandarte en la mano. Al terminar el acto la chica le hizo una observación que a Laín le gustó y así iniciaron una amistad que se trabó de tal forma que la chica, que había llegado por cuatro semanas, se quedó en Madrid toda la vida y al final se convirtió en la sacerdotisa del arte contemporáneo de nuestro país.

En 1950 los coleccionistas todavía se conformaban con un buen calendario de la Unión de Explosivos, con una Santa Cena de lata cromada para el comedor o con un conejo y tres perdices ensangrentadas encima de la consola. Los pintores más consagrados aceptaban como un éxito que el dentista se aviniera a sacarles una muela a cambio de un paisaje o que el urólogo les rebanara la próstata pagando con un bodegón. Entre poetas y pintores había un intercambio de cuadros por sonetos. Las galerías de arte estaban en la trastienda de alguna librería, iluminadas con bombillas de sesenta vatios mal contados.



«Yo era una joven muy pura, una chica de buena familia. Si hubiera vivido con mi marido sería una señora burguesa, jugaría al bridge todas las tardes y leería algún libro de cuando en cuando», me dijo Juana Mordó. Pero la joven judía tuvo una aventura amorosa en Madrid. Hizo traer sus cosas desde Berlín en un convoy militar francés, que atravesó la zona rusa, y vendió el coche para resistir mientras su hermano le mandaba dinero; pero el dinero nunca llegó y se vio muy pronto sola en España, sin nada; así que decidió ponerse a trabajar y cayó en cierto medio de intelectuales, lo mejor que había entonces en esa especie. Empezó a tener amigos que iban a su casa para charlar. Luis Rosales entró el primer día algo impertinente e irónico, pero muy pronto comprendió el carácter fuerte de aquella joven judía, que ejercía de Madame Stein, la millonaria de su misma raza que protegió a muchos artistas en el París de entreguerras, sólo que aquí no había ningún James Joyce, ningún Hemingway, ningún Picasso, ningún Henri Matisse y tuvo que abastecer su tertulia con lo que había: escritores de la generación literaria del 36 y algunos pintores de la escuela de Vallecas.

Juana Mordó me contó un día: «Aquellas tertulias en mi casa duraron diez años, hasta que entré a trabajar en la galería Biosca. Se celebraban los sábados. Yo solía invitar formalmente a quien me interesaba y lo hacía una sola vez para abrirle la casa. Después ya acudía la gente libremente si le gustaba. Venían amantes del flamenco, poetas, pintores, escritores e intelectuales. Yo preparaba unos panecillos de nada, cacahuetes y vino tinto, sólo eso. Mi piso era pequeño, pero a veces llegaron a juntarse más de cincuenta personas. Entrabas en el dormitorio y dentro de una nube de humo gris adivinabas a Rosales, Luis Felipe Vivanco, Ridruejo, Pedro Laín hablando de literatura o a Benjamín Palencia, que era el dios de aquel grupo, sentado en un sofá con varios discípulos. Yo trataba de abrir ventanas, pero todos querían humo, más humo. Fue entonces cuando descubrimos que Aranguren existía de veras, que no era un seudónimo de Eugenio d'Ors, como creíamos hasta entonces los amigos, ya que nadie le había visto jamás. Un día, Eugenio d'Ors me dijo que Daniel-Rops le había pedido que explicara un poco su filosofía, y él creía que para eso nada mejor que traducir un capítulo de El pensamiento filosófico de Eugenio d'Ors, que había escrito Aranguren. Me pidió que me encargara de la traducción y yo acepté, convencida de que Aranguren era D'Ors en persona. Lo mismo pensaba Ridruejo. En el trabajo encontré una expresión no muy correcta que en francés sonaba muy mal. Temblando de miedo, lo consulté con el maestro. Y D'Ors exclamó, muy sorprendido: "¡A mí qué me cuenta! Dígaselo a José Luis". Salí corriendo en busca de mis amigos, gritando: "Aranguren existe, Aranguren existe y lo voy a conocer". Vivía retirado en Ávila. Y lo conocí. Me causó impresión; no lo digas, pero era mucho más feo que ahora; con el tiempo ha mejorado mucho; ahora se acepta, o es que nos hemos acostumbrado. Le invité a que viniera a mi casa. Y en sus memorias cuenta que allí conoció a todo el grupo: a Panero, a Laín, a José María Valverde, a Vivanco. En aquel tiempo era corriente en ciertos medios intelectuales oír esta frase de despedida: "Te veré el sábado en casa de Juana Mordó". Un día Aranguren me trajo a casa a un seminarista que estudiaba en Comillas, un seminarista que fumaba en pipa, como un intelectual. Se llamaba Jesús Aguirre».

Entonces la gente fina acudía a las conferencias de Ortega, recién llegado del exilio en Portugal, o a las que impartía Zubiri, en las que bajaba a las profundas cavernas de la nada y dejaba turbadas a las señoras de la burguesía con collares de perlas y una mariposa en la solapa." (pp. 85 y stes.)



VICENT Y SU TEORÍA DE LA LITERATURA

"Frente a estos hechos, Ventura me consideraba un frívolo porque sólo me interesaba la bajamar extasiada que hacía aflorar los erizos en los fondos de roca cerca de las calas, la luz inmóvil del mediodía que condensaba el aroma de brea en el muelle, donde los gatos dormían sobre las redes tendidas. Tal vez ser escritor consistía en saber expresar con las palabras exactas la sensualidad de la bruma dorada que se levantaba y se abría hasta dejar un sol blanco pendido en la mente. Ésa era mi filosofía. Pero Ventura me dijo: «¿Sabes qué es la filosofía? Según Joan Fuster, la filosofía consiste en agarrar a una vaca por los huevos». Ningún contubernio, ninguna política por muy honesta que fuera me conmovía, sino el resplandor en los párpados cerrados como una verdad cierta e indemostrable, eso era lo que me gustaba. Por otra parte, mi fe en Dios ya se había balanceado en el firmamento en las noches de verano bajo las vagas estrellas de la Osa. Cada verano yo hacía firmar al propio Dios en el libro de visitantes ilustres de Denia y mi idea era que debía comportarse como un buen turista alemán aunque fuera teólogo, y aceptar las reglas de este paraíso: no molestar, no alterar la siesta de nadie, no tener ninguna iniciativa, dejar que la cadencia de las horas dulces se posara en el corazón y no tomar nunca represalias contra ninguna clase de placer. Ésa era mi teología. Yo entonces aún creía en un Dios sonriente y hablaba de esto con Ventura mientras tomábamos una cerveza en las terrazas del puerto a la sombra de los plátanos siguiendo con los ojos a las primeras chicas de piernas largas y sandalias grecolatinas. El talante consistía en estar delgado, en saber alemán, en ser un poco cínico, malvado y despectivo contra toda la caspa franquista y los emblemas de la España negra. El placer de la cultura entre los exquisitos ya no podía separarse del goce de los sentidos. El marxismo se había convertido en un método de trabajo, pero lo elegante consistía en ir un poco más allá, donde estaban los dioses inmorales que le hacían a uno feliz por cuenta propia y comprometido sólo consigo mismo sin tener que responder ante el elemento de la célula encargado de la ortodoxia.

Al parecer Franco se había dado cuenta de que su reacción ante el Congreso de Munich había sido un grave error. Unas semanas después, el 10 de julio de 1962, liquidó al ministro Arias-Salgado, que ocupaba el cargo desde 1951 y al que Franco hacía responsable de la histeria de la prensa sobre Munich. El ministro sólo sobreviviría unos días a su destitución. Herido en el alma al perder el favor de su Caudillo, murió de melancolía, como en las viejas crónicas, en la escalera de su casa en la calle de Hermosilla. La noticia llegó mientras tomaba uno de aquellos aperitivos con Ventura en un bar del puerto de Denia: «Los españoles ya no tenemos la obligación de ir al cielo a patadas. Podemos elegir con toda tranquilidad el infierno que más nos guste», dijo Ventura elevando como brindis una pata de pulpo seco. «Quiero ir a un infierno donde haya palmeras», contesté con otra pata de pulpo en la mano.

A Gabriel Arias-Salgado le sustituyó Manuel Fraga en el Ministerio de Información y Turismo. Su principal misión consistía en mejorar la imagen internacional del franquismo. Todo quedó muy claro en su discurso de toma de posesión: «Llevamos veinticinco años en los que, con un nuevo estilo y un jefe inigualable, se ha realizado una obra que vamos a continuar para llenar esa importante página de la historia que ya está escribiendo el Generalísimo Franco. ¡Viva Franco! ¡Arriba España!». (pp. 129-130)